# REPRESIÓN Y PERIODISMO
# LA DESAPARICIÓN DE LA ÉTICA

Por Martín Malharro •

• *Docente e Investigador de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP. Como periodista, se ha desempeñado en numerosos medios gráficos del país y del exterior. Es coautor de El Periodismo de Denuncia y de Investigación en Argentina. De La Gazeta a Operación Masacre (1810-1957) (Ediciones de Periodismo y Comunicación, La Plata, 1999).*

Lo ocurrido durante el período 1976-1983 nos obliga a repensar el rol que los medios deben desempeñar con relación a la verdad. Si existe una ética periodística, o si queremos construirla, es necesario que ella tenga como premisa básica un compromiso con la sociedad que vaya más allá del ideario político que sustente el medio. La denuncia permanente de todo intento de ocultamiento, manipulación o falsificación de la realidad que el poder intente llevar a cabo, debe ser uno de los pilares sobre los que se asiente éticamente el oficio de informar.

Nuestra historia, al respecto, exhibe un frondoso historial de conspiraciones, contubernios, alianzas, connivencias y complicidades que los medios tuvieron con aquellos poderes que a lo largo del siglo XX se complotaron para golpes de Estado, negocios espurios y otro sinfín de delitos que agredieron al país y a la sociedad toda.

Basta un tímido repaso del rol ejercido en los casos de los golpes de Estado de 1930, 1966 y 1976, como también en el apuntalamiento y difusión del ideario represivo que se ejecutó impunemente durante los gobiernos militares surgidos en las fechas mencionadas, o reconstruir el papel que le cupo a la prensa en el silencio político en el que se sumió al país a partir de 1955, o exhumar la política de componendas que se realizó entre los diarios y el poder durante la "década infame", para saber que es imposible hablar de refundar una ética periodística si antes no revisamos en profundidad nuestra historia.

## El crimen de la ética

El ocultamiento de la verdad es tan criminal como su propio intento. Así como las consecuencias de este crimen son perpetuas, el asesinato no es perfecto, ya que el ocultamiento y falsificación de la realidad deja tras de sí las huellas delatoras que a la postre acaban por denunciar la existencia del delito. Así como el intento se traiciona por su falsedad, el secreto que se pretende ocultar detrás de la "otra" versión de lo sucedido -y que se difunde a través del formato y mecánica comunicacional como "versión oficial"- emerge después de la realidad por su fuerza radical y por la simplicidad de su transparencia. Sin embargo, esta fuerza del hecho no siempre basta para que emerja a la realidad; es necesario que su testimonio reclame el lugar perdido en la historia y que sea su propia existencia la que destruya la pantalla detrás de la cual se la pretende ocultar.

Por lo tanto, el ocultamiento de la verdad necesita, primero, eliminar la realidad, suprimirla del lenguaje, para que esta desaparición se descomponga en la nada y la presencia del hecho que encarna esa realidad oculta sea expulsado de lo cotidiano. En segundo lugar exige colocar en su sitio una nueva versión, una nueva historia, que es lo que se conoce como "la historia oficial".

En nuestro pasado encontramos numerosos casos de estos intentos de ocultamiento, de reinventar la realidad, de colocar en su lugar una verdad tan virtual como falsa. Durante la última dictadura, la versión oficial ocultaba el secuestro y el asesinato bajo el espantoso eufemismo de "desaparición", o sea, no había muertos, había sólo "desaparecidos". Se intentaba así resolver el problema del exterminio bajo una simulación que estaba basada en una *entelequia*, tal como lo manifestó públicamente el general Videla durante una conferencia de prensa: *no están, ni vivos ni muertos, están desaparecidos*.

Esta versión que intentaba explicar el destino de miles de argentinos era el discurso sobre una realidad en la que no había nada que ver, ya que los hechos y los resultados eran invisibles. No estaban. El problema discursivo que tuvo la Dictadura en este caso era la desmaterialización de la realidad, arrojar los testimonios, los testigos, los cadáveres que a veces aparecían y las voces que reclamaban, a un lugar que estaba más allá de las fronteras del vacío. Indudablemente, esta versión fracasó tanto en su implantación como en el ocultamiento de los hechos que se pretendían sepultar. No pudo sustituir lo atroz por el vacío.

En el afán del poder absoluto, la Junta Militar intentó no sólo la eliminación de la realidad respecto al tema de los derechos humanos, sino, además, fabricar una versión que tenía como fines ulteriores el ocultamiento de los crímenes y, al mismo tiempo, imponer una sola interpretación de esa realidad ficticia. Partía del concepto ideal, caro a todas las dictaduras del mundo, de establecer una idea única del mundo. Basta con recordar la campaña que se hizo durante el Mundial de 1978 en torno al supuesto complot antiargentino que existía en Europa y la información sobre la realidad bélica que se vivía en Malvinas durante la guerra, para observar con espanto la manipulación y falsificación que se intentó llevar a cabo.

Quizá sirvan como ejemplo dos frases memorables que dejó, entre otras, este período execrable de nuestra historia: "los argentinos somos derechos y humanos" y "vamos ganando". ¿Por qué éramos derechos y humanos? Porque era mentira la otra realidad, la de los secuestros, la de las torturas, la de los asesinatos, porque el gobierno y los argentinos, todos juntos, no podíamos hacer algo así. Por lo tanto, lo que se decía afuera y lo poco que se mencionaba adentro eran mentiras, era una campaña difamatoria. Los desaparecidos, esa realidad incontrastable, *no estaban, no existían*. El otro resto fósil lingüístico que quedó en el pliegue de la historia es ese triunfo ficticio del Ejercito en el Atlántico Sur, pero era más que eso. Era el significado de que se iba venciendo a la otra realidad, la que indicaba que la derrota se cernía sobre las tropas argentinas: era el efímero triunfo de la virtualidad y la propaganda sobre lo inexorable. La ficción no soporta la confrontación con la verdad, con los vestigios que ella deja sobre la historia cuando desaparece y que acaban por emerger como un iceberg sobre la superficie de la realidad.

Lo que el poder perseguía era convertir lo real en ininteligible o falso. Por lo tanto, al negarse la existencia de "lo otro" era imposible una dialéctica confrontativa entre dos versiones opuestas. En suma, la *entelequia* a la que se refería Videla (*no están, son desaparecidos*) significaba que era la verdad la que había desaparecido.

No hay dudas de que es necesario, para imponer la ficción oficial, implantar primero el terror del poder que, fascinado con la idea de inventar una nueva realidad, echa mano a todos los mecanismos represivos a su alcance, ya que el fin supremo es una suerte de solución final: el exterminio de la conciencia crítica, la eliminación del oponente, de todo aquello que agreda a la versión oficial, al poder mismo. La frase de aquel general que víctima del paroxismo exterminador anunciaba que primero se iba a matar a todos los extremistas, después a sus simpatizantes, luego a los tibios y por último a los indiferentes, ejemplifica el concepto fundamental que los guiaba y el proyecto mesiánico que perseguía la existencia de una sola realidad, la de "ellos".

"Vamos a combatir más allá de la muerte", graficaba Emilio Massera el proyecto que se perseguía y la metodología que empleaban. No se trataba sólo de manipular la realidad, sino de exterminarla hasta su raíz, de manera tal que no quedaran rastros de ella y para lo cual era necesaria la eliminación de la memoria, lo único que está más allá de la muerte; acaso el almirante quería con sus camaradas hacer lo mismo que pretendió realizar aquel emperador chino, Shih Huang Ti, que ordenó quemar todos los libros del imperio para que se extinguiera la memoria y la historia empezara con él.

Esta nueva forma de terror que implantó a partir de 1976 la Dictadura no guardó relación con el que

impuso en los sesenta el gobierno militar de Juan Carlos Onganía, que persiguió, encarceló, torturó y asesinó, pero no empleó el exterminio como política de Estado. Onganía luchó contra la realidad incontrastable que día a día mostraba la sociedad argentina, pero nunca intentó destruirla hasta la raíz de la memoria para ungir en su lugar una falsificación permanente de la misma. La del ´76 quiso exterminarla totalmente, pues entendía que si la memoria existía habría en algún lugar una forma original de la existencia vivida. Por eso persiguió la imposición de una sola visión, la oficial, con todas sus consecuencias; era el fenómeno extremo de un intento de desaparición absoluta de todas las pruebas que indicaban la existencia de la otra realidad, la verdadera.

Este era el concepto de la virtualidad que desde el terror se pretendió imponer y también su ambición absoluta. La sociedad ya no iba a vivir una realidad compleja y conflictiva, porque "la nueva", la impuesta, era la definitiva y carecía de contradicciones. Por lo tanto, la conciencia crítica debía extinguirse en una suerte de licuación de las diferencias y de las categorías históricas. Esta proscripción de la realidad convirtió a la versión oficial en una bomba de tiempo, en una versión anoréxica y truculenta de la realidad que terminó por estallar al no poder encuadrarse dentro del ritmo que la historia posee.

El siglo XX ha dado pruebas harto suficientes de la imposibilidad de dominar al hecho. Se puede imponer la versión oficial durante una primera etapa temporal, pero con el transcurso del tiempo es necesario que sean la información falsificada, la difusión de la realidad virtual y la interpretación digitada de los fenómenos sociales las que ocupen el lugar principal en la versión oficial. La Alemania de 1930 es el espejo cóncavo de una sociedad en la que la manipulación de la realidad fue ejecutada prolijamente, tanto por los Camisas Pardas y la Gestapo como por la Secretaría de Propaganda del Tercer Reich. No es casual que la persecución y exterminio racial que llevaron a cabo las tropas de Hitler fuesen escondidas detrás del *Nacht und Nebel* (Noche y Niebla), detrás de la desaparición física del supuesto enemigo, y rematado por la propaganda y los medios del régimen, que hablaban de la misma *entelequia* a la que se refería Videla. La metodología operativa de la manipulación de la verdad respecto a la persecución de los opositores y sospechosos al régimen tampoco fue muy diferente durante el estalinismo.

El problema es que todo lo que aparece o desaparece de golpe, sin continuidad histórica, es ininteligible. Todo aquello que pretende ocultar este vacío termina atrapado y destruido por el estallido original de la brusca irrupción de la apariencia que se intenta borrar. Es un problema sin solución para aquellos sistemas que intentan

UNIVERSIDAD
NACIONAL DE LA PLATA

FACULTAD DE PERIODISMO
Y COMUNICACIÓN SOCIAL

El Doctorado en Comunicación, el primero en una universidad pública argentina, es una iniciativa de excelencia académica que surge en respuesta a las exigencias actuales del ámbito de la comunicación tanto del país como del resto de América Latina.
Dirigido a todos aquellos graduados provenientes de las Ciencias Sociales, Humanas y las Artes, como también a profesionales del ámbito de la comunicación que deseen completar su formación en su respectivo campo laboral, tiene como meta formar académicos y profesionales capaces de analizar con profundidad, desde una perspectiva crítica y constructiva, los problemas sociales, culturales y comunicacionales de sus respectivas realidades.
Para lograr el objetivo, la propuesta pedagógica, basada en un sistema de créditos, permite que cada doctorando organice su cursada de acuerdo a sus necesidades temporales y a sus expectativas y temáticas metodológicas, siempre en relación con dos grandes líneas: "Comunicación, Sociedad y Cultura" y "Comunicación, Lenguaje y Prácticas Discursivas".

**INFORMES E INSCRIPCIÓN:** Secretaría de Investigaciones Científicas y Posgrado (de 9 a 17 hs.) Tel. (54 - 221) 423-6783/84 (Int. 121)

E-mail: doctorado@perio.unlp.edu.ar

esta ruptura de la verdad y que siempre, en el caso de las dictaduras, eligen la misma metodología operativa: imponer el miedo a través de los aparatos represivos y posteriormente abstraer las contradicciones del discurso oficial mediante la emisión de una sola versión que difunden los medios como información.

Esta configuración e implantación del discurso mediático termina descubriendo por ausencia la existencia de la "otra versión", la de la realidad que se pretende ocultar; pero la imposibilidad dialéctica a la que se enfrenta el poder hace que elija el único camino que le queda: más represión y más publicidad, camuflada de información.

## Represión y comunicación en Argentina

Es indudable que el poder de la Junta Militar estaba en el aparato represivo que lanzó a la calle apenas producido el golpe, con la finalidad de exterminar a los opositores, imponer el miedo y coronar al silencio como la máxima autoridad en cuestiones de salud pública. Muerte, miedo y silencio fueron los primeros objetivos alcanzados, pero a partir de esto, el poder necesitó distribuir y mantener la versión oficial respecto a los efectos que este accionar producía. Fue el periodismo el encargado de la distribución, a lo largo y ancho del país, de la versión local del *Nacht und Nebel*; como dijo Rodolfo Terragno: "A partir del 24 de marzo, los medios entraron a transmitir en cadena. No sólo reprodujeron el discurso exterminador que ocultaba la masacre sino que se convirtieron, la gran mayoría de ellos, en los voceros de este 'mal necesario' que padecía la patria y que era la violencia del Estado".

La repetición del discurso oficial, el apoyo sin cortapisas, la complicidad con los hechos y la justificación silenciosa del accionar del gobierno fueron las características más sobresalientes de este período de nuestra historia, de este contrato perverso entre los medios y el poder, el cual explica, en gran medida, el engaño y el manto de silencio en el que vivió la sociedad argentina, y que dibuja sin piedad la ausencia absoluta de una ética periodística en los grandes medios.

Ninguno de ellos planteó frente a la política impuesta por el gobierno militar un enfrentamiento directo por el cercenamiento de la libertad de prensa, por los atropellos cotidianos a los derechos humanos, por las persecuciones, las amenazas, la falta de información, etc. Ninguno. Todo lo contrario, "comprendieron" las medidas ordenadas y se sumaron mansamente a las directivas emanadas de la superioridad.

*Ningún proyecto político se puede imponer por la fuerza de las bayonetas*, sostenía con razón el entonces ministro de Videla, general Albano Harguindeguy. Para imponerlo se necesitaba colaboración, y ésta provino de los grandes medios, aunque ahora se pretenda negarlo, amparándose en el miedo o en el desconocimiento de lo que estaba ocurriendo. *Si algún periodista dice que lo sabía, miente*, sostuvo sin culpa ni cargo Bernardo Neustard, a pesar de que la prensa extranjera informaba con profusión al respecto. Esta suerte de autismo informativo, de negar lo que sucedía por parte de la prensa nacional, era afín al proyecto que la Dictadura tenía para la realidad argentina. De aquí al apoyo incondicional y triunfalista había un solo paso y los medios lo dieron con creces. *Me gustó usted, Videla. Me gustó como persona, quiero decir. Me gustó como compatriota*, afirmaba solemnemente Renee Sallas en la revista *Gente*, la misma que al cumplirse el primer aniversario del golpe y cuando la ola exterminadora barría en plenitud al país, escribía: *no podemos salir hacia la democracia, como en otras oportunidades. Cabe una larga etapa de limpieza, de mentes, de espíritus, ideológica.*

También los grandes diarios se sumaron a esta caravana enloquecida de la no-información, de la versión del complot internacional que en materia de los derechos humanos declamaba la Junta. Así, *Clarín* editorializaba el 18 de junio de 1978: *la organización internacional que alimenta a la subversión y la guerrilla en distintos países, ha hecho su más cruenta experiencia en la Argentina. No obstante, en desenfadada crueldad, cuenta fuera del país con un apoyo propagandístico que incluye complicidades atadas necesariamente al apoyo logístico que opera tras ellas*. Lógico: toda información de los medios internacionales respecto a la realidad argentina era subversiva, enemiga, era propaganda antiargentina, era mentira.

Nunca fue necesario con los grandes medios implementar el Comunicado Nº 19, emitido apenas producido el golpe. ¿Qué sentido podía tener que se establecieran penas de hasta diez años de prisión *al que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare noticias, comunicados o imágenes con el propósito de perturbar, perjudicar o desprestigiar la actividad de las Fuerzas Armadas, de Seguridad o policiales*? Y no lo era porque los medios capaces de hacerlo estaban cerrados, los periodistas disidentes eran terroristas y los grandes medios estaban en perfecta sintonía con el nuevo régimen.

*Los medios han prestado y prestan un servicio esencial para la triunfante evolución de la guerra antisubversiva y la marcha armoniosa del proceso. La Argentina está en guerra y la prensa argentina se desempeña en un clima de libertad*, escribía sin pudor Ramiro de Casasbellas en *La Opinión* a fines de 1976. Lo grotesco de esta afirmación fue que pocos meses después, su dueño y director, Jacobo Timerman, era encarcelado y salvajemente torturado por el general Camps en una de las tantas mazmorras de la provincia de Buenos Aires. Lo trágico, en el caso de Timerman, fue que impulsó como pocos, desde su diario, el golpe militar del 24 de marzo.

*Los órganos periodísticos se manejan con prudencia. El gobierno no ejerce presiones indebidas. La prensa se alínea sin dificulta-*

*des en el rumbo del Proceso*, afirmaba *Clarín* en su editorial del 24 de abril de 1978, contradiciendo el memorándum interno Nº 44 de *La Voz del Interior* que indicaba puntualmente: *por disposición de esta dirección y con motivo de las directivas del Comando del III Cuerpo de Ejército en el día de la fecha, no se deberán publicar reclamos de familiares de presuntos detenidos que deseen conocer su paradero*.

Si éstas eran las directivas militares, la versión final sobre las desapariciones se publicaban invirtiendo el sentido de la muerte que ellas portaban. Así, a un año del golpe *La Razón* interpretaba los hechos: *al margen de las investigaciones en curso, se ha sabido en las últimas horas que existiría preocupación por determinar propósitos y finalidades de quienes alimentan versiones sin asidero con relación a la desaparición o supuestos secuestros de personas de actuación relevante, ex dirigentes políticos o ex funcionarios, ya que se estimaría que la resultante de esas especies sería alimentar las campañas que vienen del exterior contra la imagen del país y su gobierno*.

Toda mención a esa realidad que se pretendía ocultar era enemiga: *Amnesty International patrocina a tres mil activistas de izquierda solamente en occidente. Patrocina también a terroristas turcos, griegos, iraníes e indonesios. En 14 años consiguió la liberación de tres mil terroristas de izquierda*, publicaba *Gente* el 13 de octubre de 1977. Siempre la agresión externa a través de la mentira y la difamación. *En Europa tuve la desgracia de ver cómo se repartían volantes contra el Mundial y contra Argentina, y tuve una discusión con un periodista holandés a causa de eso*, declaraba indignado César Luis Menotti a la revista *Somos* el 12 de mayo de 1978, cuando el Mundial comenzaba a utilizarse como parte inherente a la Dictadura. *El deporte y la política son hoy difícilmente separables, tal cual lo demuestra la pertinaz campaña contra el torneo de la Argentina a cargo de grupos subversivos en el exterior*, afirmaba *La Nación* en su editorial del 1 de junio de 1978.

Sobreabunda el material periodístico que demuestra sin ambages la sociedad que se estableció entre los medios y la dictadura, el rol que los primeros cumplieron ocultando y manipulando lo que ocurría en el país, apoyando sin desmayo la política que impulsaban los altos mandos. Socios en el silencio y el engaño, dejaron las huellas de este fúnebre maridaje en la tipografía cotidiana y ella es la que aún les mancha las manos.

*La fecha -24 de marzo de 1976- divide a la historia política del país de manera tajante. En la víspera, un vacío de poder que era cubierto por el desorden, la anarquía y la guerrilla. Al día siguiente un lento y seguro proceso de reordenamiento para el cual prestó aquiescencia la ciudadanía. Por ello alcanzó la victoria. Que es preciso cuidar con el esfuerzo de todos, poniéndole cima en el orden económico y social. Las Fuerzas Armadas que han liderado el país en la dura primera etapa inician el curso de la segunda alentadas por la expectativa esperanzada del pueblo* (Editorial de *Clarín* del 24 de marzo de 1979) ◄

MAESTRÍA EN PLANIFICACIÓN Y GESTIÓN DE PROCESOS COMUNICACIONALES
(PLANGESCO)
CICLO 2002-2004

**Informes**
Facultad de Periodismo
y Comunicación Social (UNLP)
Secretaría Técnica
de Maestría PLANGESCO
Avda. 44 Nº 676 - La Plata (1900)
Buenos Aires - Argentina
Telefax: (54 - 221) - 422-4090/422 - 4015
(Int. 121)
E-mail: plangesco@perio.unlp.edu.ar
Página web:
www.perio.unlp.edu.ar/posgrado/
posgrado.html

**Plantel docente**
Alcira Argumedo, Daniel Arroyo,
Silvia Delfino, Nancy Díaz Larrañaga,
Regina Festa, Francisco Gutiérrez,
Aníbal Ford, Jesús Martín Barbero,
Guillermo Mastrini, Esther Díaz,
María Cristina Mata, Mabel Piccini,
Daniel Prieto Castillo, Armand Mattelart,
Antonio Presern, Guillermo Orozco Gómez,
Renato Ortíz, José María Pasquini Durán,
Rossana Reguillo, Jorge Rivera,
Juan Samaja, Héctor Schmucler,
Washington Uranga, Carlos Vallina.